

AGUILAR

El escenario democrático más decepcionante es la elección libre de gobernantes delincuentes.

Entre elecciones y detenciones

LUIS F. AGUILAR

Desde la percepción ciudadana, es más decisivo para el futuro del país que se encarcele a decenas de autoridades públicas y policías por su vinculación con las organizaciones criminales que las pálidas elecciones legislativas intermedias dentro de un mes. No es equivocada la percepción ciudadana. El problema central de la democracia (no sólo) mexicana consiste en la actuación de los gobernantes más que en su elección. Tienen un limitado significado político las elecciones si el sistema electoral no permite —por prescripciones de ley o por prácticas partidarias de campaña— contar con los elementos informativos para descartar de antemano a gobernantes criminales, corruptos e incompetentes. La democracia electoral es sólo un aspecto de la democracia que es esencialmente gobierno, forma de gobierno. O produce gobierno o se destina a un paulatino escepticismo social.

Las elecciones, razonablemente competidas y equitativas, legales en su organización y resultado, aun si vacías y de juego sucio, han dejado de ser el problema político. El problema real se ubica en algo que las elecciones no han podido resolver ni podrán hacerlo, entre otras cosas porque su lógica es producir gobernantes legítimos en su cargo, pero no hacerlos realmente gobernantes, dirigentes. No por ser limpia y mayoritariamente elegido el gobernante es capaz de gobernar a su sociedad. Se requieren otras capacidades (éticas, legales, técnicas, gerenciales) que las elecciones no otorgan ni aseguran por sí solas.

Las elecciones contribuyen tal vez (no siempre) a remover a los políticos nocivos y deficientes, pero no a seleccionar a los competentes y benéficos y tanto menos a

hacerlos dirigentes obedientes de la ley, informados, analíticos, enfocados a resultados, coordinadores del trabajo colectivo, negociadores, persuasivos, de utilidad social. Hablamos mucho de elecciones dominadas por la guerra sucia, pero elecciones limpias pueden producir gobernantes sucios, además de inhábiles. Las elecciones tienen una función más negativa que positiva, remueven deficientes más que seleccionan eficientes. Las elecciones pueden ser "elecciones adversas", un proceso de selección de agentes que pueden ser inútiles, degradados y dar al traste con nuestras expectativas. Esto explica que ahora tengamos gobernantes elegidos, que siguen siendo ilegales y

corruptos, además de administrativamente incompetentes. El problema político actual se centra en la capacidad y eficacia directiva de los gobernantes elegidos, que jamás podrán serlo si son dirigentes criminales, aliados de las organizaciones criminales, secuestradas sus decisiones por las bandas, como tampoco podrán serlo si carecen de la capacidad de diseñar futuros de vida mejor para sus comunidades (municipios o estados) y carecen de las bases técnicas y gerenciales para realizarlos.

Mucha de la apatía ciudadana ante las campañas puede ser el efecto inmediato del ostracismo de los medios inconformes con la legislación electoral que les ha privado de alta exposición y utilidades, o bien el efecto inmediato de opiniones debatibles de nuestros intelectuales de primera línea que antes eran campeones del voto y ahora argumentan a favor de la abstención o de la anulación. Pero, a la raíz, la causa se ubica en la actitud de los ciudadanos que de la democracia esperan gobierno,

conducción y coordinación del país hacia metas de valía colectiva, que expandan oportunidades, y no sólo elecciones periódicas de personas que aun en gobierno siguen siendo candidatos a ser gobernantes y así permanecen o, peor aún, que en el gobierno son la causa del desgobierno por su ilegalidad, su corrupción y cobardía pública, su trabajo como agentes del delito sistemático.

Es decepcionante y aun aterrador que la democracia produzca indeliberadamente aquí y allá este tipo de gobernantes delincuentes. La democracia no podrá dar el salto y convertirse en el gobierno que asegura los valores políticos del Estado de derecho si no es gobierno de leyes, así como no podrá asegurar que los objetivos sociales de sus políticas y programas sean realizados si no es gobierno de normas técnicas y estándares de gerencia. Legalidad y eficiencia son las condiciones eternas para que haya gobierno de sociedad aunque haya gobernantes elegidos impecablemente.

Lo mejor que nos puede ocurrir es que si las elecciones no remueven a los gobernantes delincuentes lo haga el aparato coactivo del Estado. Después del boom discursivo de la democracia, es importante regresar a hablar del Estado y a entender que el gobierno del Estado opera con más instrumentos directivos que las elecciones de buena fe y baja información o las reuniones de los cabildos. El instrumento directivo fundamental de la sociedad es la aplicación imparcial de la ley, el castigo del delito, el uso de la coacción contra delincuentes, no importa si se encuentran en el terreno de la sociedad o en el del Estado. Todo lo demás se da por añadidura.

